



# CAMINAR JUNTOS CUIDÁNDONOS MUTUAMENTE

## CARTA PASTORAL CUARESMA-PASCUA 2022

### Introducción

Al inicio de esta Cuaresma me dirijo a la comunidad diocesana de Bizkaia en mi primera carta pastoral. Espero que resulte accesible. Desde hace ya dos años, la pandemia se ha impuesto como una experiencia compartida que sigue modificando nuestros hábitos, comportamientos y posibilidades. Y, por supuesto, ha afectado profundamente a nuestra vida eclesial. Algunos posicionamientos subrayan, no pocas veces con enfado, las limitaciones que esta situación impone a nuestra libertad. Sin embargo, la visión cristiana de la vida antepone la salud pública como un bien prioritario, asumiendo aquellas restricciones que pueden contribuir a salvar vidas y rebajar el estrés, padecido especialmente en aquellas profesiones más directamente vinculadas al “cuidado”. Esta experiencia compartida es también un “signo de los tiempos” y una oportunidad de crecimiento personal y comunitario. Nos ha ayudado, sobre todo, a comprender mejor que seguimos siendo vulnerables, aunque el conocimiento científico y el desarrollo tecnológico avance a gran velocidad; a reconocer que ningún grupo privilegiado va a poder salvarse solo en nuestro mundo global e interdependiente; a valorar, cada vez más, el cuidado mutuo y el esfuerzo de las personas dedicadas a esta tarea, como un bien esencial en la construcción de la sociedad.

En lo que a nuestra vida eclesial se refiere, tanto el final del pasado año como el comienzo del nuevo, vienen marcados por nuestra participación en el proceso sinodal convocado por el papa Francisco. Esta carta pastoral quiere profundizar en el significado de la sinodalidad desde esa última lección que nos ha dejado la pandemia: la importancia del cuidado mutuo en la experiencia humana y en nuestro ser comunitario. En la Iglesia de Bizkaia queremos aprender a leer los signos de los tiempos, cuidándonos unos a otros y, contribuyendo a fortalecer los lazos de afecto mutuo que hacen a una sociedad verdaderamente humana y son un rasgo distintivo de la comunidad de Jesús.

En el marco de la Cuaresma, que siempre debe vivirse mirando a la Pascua, queremos dejarnos iluminar por la fuerza evocadora del pasaje de los «discípulos de Emaús (Lc 24,13-35)». Intentaremos identificar llamadas concretas a una conversión personal y comunitaria, a partir de los acentos, insistencias y demandas reflejadas en las comunicaciones sinodales recibidas. Queremos hacer realidad aquí en Bizkaia lo que el documento preparatorio califica como el objetivo central del sínodo universal: “hacer que germinen sueños, suscitar profecías y visiones, hacer florecer esperanzas, estimular

la confianza, vendar heridas, entretrejer relaciones, resucitar una aurora de esperanza, aprender unos de otros, y crear un imaginario positivo que ilumine las mentes, enardezca los corazones, dé fuerza a las manos" (Documento Preparatorio del Sínodo n. 32).

### **«Dos de ellos iban caminando»**

La narración del pasaje evangélico que nos ocupa comienza con la constatación de que los dos discípulos se dirigen, juntos, de Jerusalén a Emaús. Aquí nos aparece ya, germinalmente, el significado original de la sinodalidad, que no es otro, precisamente, que el de «caminar juntos».

Los seres humanos somos caminantes. El camino es para los cristianos una metáfora, tanto de nuestra existencia, como de nuestra fe. Abraham (Gn 12, 4-7) llevó una vida nómada y Moisés lideró la gran marcha atravesando el duro desierto (Dt 1, 31). Dios nos llama siempre desde donde no estamos. Es necesario preguntarnos constantemente en qué camino andamos: si progresamos en la senda de la felicidad y la salvación, o si vamos perdidos, dando tumbos. Los cristianos no necesitamos inventar sendas. Queremos ponernos detrás de Jesús y avanzar junto a Él, que es camino, verdad y vida (Jn 14, 6). Cristo nos envía a la misión de dos en dos. Y es que en la Iglesia ni el más listo, ni la más creativa, ni la mejor formada, ni el más fiel, ni la más abierta, van a poder alcanzar grandes logros.

La Iglesia tiene conciencia de su carácter peregrino –y, por tanto, sinodal- de modo que para realizar su labor misionera debe cuidar siempre la comunión y promover modos eficaces de corresponsabilidad y participación entre todos los bautizados, reconociendo los carismas y las capacidades de todas y cada una de las personas. Caminamos, además, al servicio de la humanidad y, lo hacemos junto a personas de otras confesiones cristianas y de las demás religiones del mundo, deseosos de mostrar que la auténtica fe en Dios no divide, sino que es capaz de inspirar encuentro y colaboración fraterna.

En el camino no faltan dificultades y tentaciones de todo tipo. Una de ellas es la soberbia de los que no necesitan ayuda porque ya lo saben todo. Esta tentación nos hace incapaces de identificar muchos peligros. Para no caer en ella, elegimos sabiamente caminar escuchando y, escuchando mucho. Cuando acepto la necesidad de acompañamiento, acepto también que otras personas me cuiden y comprendo mejor lo que significa cuidarme a mí mismo. Y naturalmente, con un corazón agradecido, podré cuidar mejor de las otras y de los otros; así, de modo natural, con alegría, comenzamos a cuidarnos mutuamente.

**En la Iglesia de Bizkaia queremos aprender a leer los signos de los tiempos, cuidándonos unos a otros y, contribuyendo a fortalecer los lazos de afecto mutuo que hacen a una sociedad verdaderamente humana y son un rasgo distintivo de la comunidad de Jesús.**

Mientras conversaban, «Jesús en persona se acercó y se puso a caminar» con los discípulos de Emaús. Escuchándolos, captó su desconcierto y su desamparo. Nosotros hemos sido “consolados para consolar.” El Señor nos acompaña y nos pide que acompañemos de cerca a todas aquellas personas y realidades sociales que viven en necesidad. Cuidar significa precisamente responder con nuestra atención y cercanía, con generosidad a las llamadas de la necesidad que nos rodean. Identifiquémoslas y acerquémonos para caminar junto a ellas.

### **«Iban conversando entre ellos de lo que había sucedido»**

Dialogar «sobre lo sucedido» es siempre crítico. Nadie tiene todas las claves de lo que está pasando; nadie entiende plenamente el significado de nuestra situación o de un acontecimiento. Para discernir el sentido de cualquier hecho significativo, la visión de los otros es imprescindible. Por eso, además de abrirnos a la Palabra de Dios, queremos mantenernos abiertos a la voz del Espíritu que se refleja en el rico abanico de opiniones de quienes, hablando lenguajes distintos, no renuncian a entenderse. El Padre se revela en el Hijo, y el Hijo se revela en los carismas y sensibilidades que el Espíritu suscita en la comunidad. Por ello nuestro diálogo con la Palabra se extiende y se concreta en intercambios entre palabras diversas.

A menudo las conversaciones de los caminantes, como ocurre también en Emaús, más que evocar éxitos y discurrir con talante ilusionante, reflejan decepción y tristeza: “nosotros creíamos que... y mira lo que está pasando.” La frustración es parte de nuestra existencia, pero cuando la queja se convierte en la clave fundamental de nuestros análisis, el discurso se torna estéril y paralizante. Si queremos leer bien cualquier situación de debilidad, evitemos echar la culpa a otros. La institución puede hacer las cosas mal, puede vivir entre enormes contradicciones, pero su debilidad es también el resultado de la mía.

Cuando alguien pone en el centro del análisis sus propias carencias, la sanación es posible. Se reconoce entonces la necesidad de convertirse y de ser cuidado, de ser sanado por alguien, que no soy yo mismo, y que tiene capacidad para sanar. Y así, quienes nos reconocemos necesitados de perdón, entendemos el aporte imprescindible de la gracia sanadora de Dios que nos llega a través de la comunidad, especialmente en el sacramento de la reconciliación, tan poco valorado en algunos ámbitos cristianos.

El diálogo eclesial desde la humildad comienza con el reconocimiento de las debilidades propias en el ejercicio de la sinodalidad. Son más bien pocos los bautizados y bautizadas conscientes de que la misión necesita de sus aportes. La autoridad eclesial, a veces se entiende erróneamente como autoritarismo; el clericalismo es una tentación para quienes animan y acompañan a las comunidades en puestos de responsabilidad. Los jóvenes y mujeres están ausentes o no adecuadamente representados en los órganos de corresponsabilidad eclesial.

Y, sin embargo, la autoridad espiritual de los pastores, cuando se ejerce debidamente, es apoyo y orientación para la vida de la Iglesia. Lamentablemente en algunas ocasiones los diversos ministerios y responsabilidades, en vez de inspirar un servicio cuidadoso y atento, se han utilizado para encubrir diversas formas de abuso -sexual, psicológico, de conciencia- generando un gran dolor en quienes lo han padecido. Cristo nos invita a prestar toda nuestra atención a las víctimas de estos desmanes, asumiendo nuestra responsabilidad y asegurando que se sientan escuchadas con profundo respeto y empatía.

«¡Qué necios y torpes sois!» Tras reconocer ante Jesús que nuestra “verdad” no es tan bonita como nos gustaría que fuera, el Señor podrá guiarnos, paciente y amorosamente, por la senda de la Verdad que Él encarna.

### **«Quédate con nosotros»**

Cae la noche y llega la hora de cenar. Jesús indica que quiere seguir adelante, pero sus compañeros de camino no se lo permiten: preocupados por él, le ofrecen hospitalidad que es refugio, alimentación y descanso. Así expresan su deseo de cuidarlo. Ese ofrecimiento refleja también otro deseo: les gustaría seguir disfrutando de su compañía: “quédate con nosotros.” Es una petición que, dirigida al Maestro, suena a oración, a plegaria. A su modo le están diciendo, ¡cuidanos Tú con tu presencia!

Jesús resucitado comparte la cena en Emaús de un modo que sugiere la celebración de la Eucaristía: «tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando». Mediante la oración y la vida sacramental, Cristo responde a nuestras necesidades, deseoso de cuidarnos, de darnos lo que necesitamos para crecer y ser más fuertes. Damos gracias a Dios por los presbíteros, mediadores del Señor en la celebración eucarística. Agradecemos también el esfuerzo de las personas que, en ausencia de presbítero, acercan la Palabra de Dios y su alimento a las comunidades cristianas donde la eucaristía dominical no llega semanalmente.

Los caminantes quieren mantener viva la comunión sinodal. En la oración y en la espiritualidad eucarística, encontrarán una base sólida para lograr que la exigencia de participación no se convierta en tensión improductiva, ni en fuente de conflictos que nos despistan de la llamada fundamental a la tarea misionera. Queremos construir sobre roca, pero no es siempre fácil profundizar en la arena buscando terreno sólido. Estamos expuestos a presiones (externas) y a pasiones (internas) que, aunque contengan verdad y valor, si se absolutizan, pueden sacarnos fuera del camino.

A menudo identificamos demasiado rápido nuestras ideas de verdad, nuestras búsquedas de perfeccionamiento con las de Cristo. Solo la escucha atenta de la Palabra y el cultivo de la vida sacramental nos ayudarán a conocerlo cada vez más, a vincularnos profundamente con su persona, a dejar que sea Él quien oriente nuestro entendimiento y modele nuestro corazón. Solo así podremos evitar que los pequeños conflictos y distanciamientos, por infidelidades o prejuicios, se vayan agrandando hasta constituir brechas y separaciones profundas en la vida comunitaria.

**Los cristianos no necesitamos inventar sendas. Queremos ponernos detrás de Jesús y avanzar junto a Él, que es camino, verdad y vida (Jn 14, 6).**

### «Se les abrieron los ojos»

Los de Emaús, caminando juntos, dialogando, conviviendo con el Maestro, releen la experiencia vivida a la luz de la Palabra, comparten oración y la eucaristía. Y sucede lo inesperado: como luego pasará con Saulo, a los discípulos se les caen las legañas y, de repente, todo lo vivido aparece en una perspectiva completamente nueva. Ahora perciben con claridad lo que Dios ha hecho y descubren que nada es como creían. El “fracaso estrepitoso” de Jesús se revela nada menos que como un comienzo radicalmente nuevo para el mundo.

Uno de los aportes importantes del ministerio ordenado es el servicio a la comunión. Pero esa responsabilidad obliga, especialmente a quienes han recibido el sacramento del orden, a evitar cualquier tentación de imponer su punto de vista al margen del proceso sinodal, o sea, sin prestar la suficiente atención al conjunto del sentir comunitario. Las decisiones deben estar precedidas por procesos de discernimiento en los que se garantiza la información previa suficiente y se respeten los necesarios cauces de participación: “El Pueblo de Dios, movido por la fe, (...) procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios” (Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes*, n. 11). Ya en el siglo III, San Cipriano formulaba el siguiente principio episcopal y sinodal: si es verdad que en la Iglesia local nada se hace sin el obispo, también es verdad que nada se hace sin el consejo de los presbíteros y diáconos, y sin el consentimiento del pueblo.

No existe una distinción rígida entre la Iglesia que enseña y la que aprende. Todos aprendemos y todos somos capaces de enseñar algo importante porque antes de cualquier otra distinción, formamos parte del único Pueblo de Dios. Los ministros ordenados antes de hablar al pueblo lo escuchan; los bautizados no solo escuchan, también aconsejan y son escuchados. Esa doble dirección de la comunicación se realiza en el espíritu de la búsqueda amorosa de la verdad, viendo todo el proceso como un don que procede de Dios, inspirado por el Espíritu. Para ello se requiere evitar las prisas innecesarias, cuidar el estilo de los intercambios, no ofuscarse en juicios previos, no faltar nunca al respeto mutuo, presentando los argumentos propios con serenidad y aceptando que el resultado final del discernimiento puede o no coincidir parcial o totalmente con las posiciones y propuestas personales o de mi grupo.

La comunión eclesial es local y universal. La búsqueda de lo que nos ayuda a avanzar sin romper esa comunión, tiene mucho que ver con la voluntad de Dios. La Iglesia está siempre en proceso de reforma, pero nuestro modo de discernir e implementar los cambios necesarios, de gestionar la diversidad de sensibilidades y opiniones, se realiza

**No existe una distinción rígida entre la Iglesia que enseña y la que aprende. Todos aprendemos y todos somos capaces de enseñar algo importante porque antes de cualquier otra distinción, formamos parte del único Pueblo de Dios.**

en el Espíritu y este no coincide siempre con el espíritu del mundo. Reconociendo la inevitabilidad, incluso el valor del conflicto como motor de contraste y movimiento, tal y como subraya el papa Francisco, la búsqueda de la comunión debe "prevalecer." Dicho con otras palabras, el bien de la unidad, que nunca es uniformidad, ha de buscarse y preservarse siempre.

### «*Volvieron a Jerusalén*»

Los discípulos de Emaús habían salido de Jerusalén tristes y derrotados. Ahora, tras el encuentro con el Resucitado, desandan el camino y vuelven a la comunidad que habían abandonado con la mente convertida y el corazón contento, llenos de la alegría que les ha transmitido el Señor. La auténtica sinodalidad se construye desde abajo, desde uno mismo. Comienza en el momento en que el yo se hace más pequeño para dar prioridad al nosotros comunitario. Nunca en la historia humana los derechos del yo han sido tan poderosamente defendidos. Nadie está libre de la influencia de esa visión individualista, incluso aislacionista del yo exultante que se manifiesta en mil mensajes y detalles cotidianos. La renuncia de sí mismo, tan central en el mensaje evangélico, no es fácil de proponer porque no es fácil de vivir. Hoy, especialmente hoy, necesitamos convertirnos a la vida comunitaria, de celebración, de servicio, de anuncio. Ahí vamos a contracorriente. Queremos fortalecer nuestras comunidades locales y sentirnos miembros de la Iglesia diocesana, no la que soñamos, sino la que existe y en la que hemos recibido la fe. Aprendamos a aceptarla, a quererla a pesar de sus debilidades, comprendiendo que Cristo, hoy como siempre, va a ser conocido, vivido y experimentado en la debilidad.

La organización eclesial, germinalmente diseñada en sus momentos iniciales, está ahora, dos mil años después, fuertemente configurada. Fraguada en tiempos pasados, resiste durante siglos a la presión de los cambios. El peso de la tradición se torna sabiduría prudente pero también dificultad para purificar formas y modos que hoy no reflejan la pobreza y cercanía del evangelio. Algunos sectores subrayan la naturaleza jerárquica y vertical de la Iglesia. "Pero la Iglesia, sujeto de la evangelización, es más que una institución orgánica y jerárquica, porque es ante todo un pueblo que peregrina hacia Dios, tiene su concreción histórica en un pueblo peregrino y evangelizador, lo cual siempre trasciende toda necesaria expresión institucional" (Francisco, *Evangelii Gaudium*, n. 111).

El papa Francisco explica la peculiaridad de la estructura eclesial utilizando la imagen de la pirámide invertida: en ella "la cima se encuentra por debajo de la base. Por eso, quienes ejercen la autoridad se llaman «ministros»: porque, según el significado originario de la palabra, son los más pequeños y están al servicio de todos" (Discurso en el 50 aniversario de la institución del Sínodo de los obispos, 17 de octubre de 2015)

**La vida en comunidad, el servicio, la liturgia y el anuncio han de vivirse y realizarse sinodalmente en el Espíritu Santo. Todas ellas han de desarrollarse guiadas por el amor mutuo, expresado en el cuidado recíproco y la atención delicada y paciente de unos hacia otros.**

No olvidemos que toda la Iglesia es carismática. Los dones del Espíritu Santo llegan a la comunidad, de manera muy especial, a través de la vida consagrada y gracias a los aportes críticos de un laicado con gran variedad de dones y carismas. Es de justicia mencionar a tantas mujeres comprometidas en un sinfín de tareas eclesiales, aportando vitalidad, riqueza de experiencias y una especial sensibilidad hacia el cuidado de las personas. Este reconocimiento agradecido y la alabanza a Dios que surge de él, constituyen rasgos esenciales del espíritu sinodal.

### **«Ha resucitado el Señor»**

No solo los discípulos de Emaús; también la comunidad que los acoge -la madre de Jesús, los apóstoles, las mujeres que le acompañaban- recibe el Espíritu del Señor y con él, la misión de proclamar la Buena Noticia. Su núcleo central no es sino el anuncio y la celebración de la Resurrección de Cristo. Movidos por ese Espíritu, abandonan sus refugios y asumen con alegría la tarea de comunicar el Evangelio, cada uno según su situación y capacidad.

La actitud de caminar juntos, de cuidarnos mutuamente, como los discípulos de Emaús, es constitutiva del ser de la Iglesia. Por eso es sinodal. La sinodalidad es el modo propio de ser, de vivir la comunión y de actuar desarrollando el mandato misionero. La vida en comunidad, el servicio, la liturgia y el anuncio han de vivirse y realizarse sinodalmente en el Espíritu Santo. Todas ellas han de desarrollarse guiadas por el amor mutuo, expresado en el cuidado recíproco y la atención delicada y paciente de unos hacia otros.

### **Conclusión**

Acompañados de María, la gran cuidadora e intermediadora del misterio de la encarnación a quien imploramos cantando - «¡Ven con nosotros al caminar, Santa María ven!» - pedimos al Espíritu inspiración y disponibilidad para construir una Iglesia diocesana auténticamente sinodal que, cuidando la comunión interna y, a través del papa, con la Iglesia universal, desarrolle en los bautizados una participación corresponsable. "Que todos los bautizados y bautizadas procuren que ninguna otra agenda o preocupación debilite nuestra mirada centrada en la misión. Ayúdanos, Señor, por medio de Santa María a descubrir los tesoros del evangelio, a desear y a colaborar contigo para que cada vez haya más hombres y mujeres en Bizkaia que puedan llegar a conocerte como "Camino, Verdad y Vida" (Jn 14, 6).

*Miércoles de Ceniza, 2 de marzo de 2022*